

No es negable la dulzura con que el célebre Teatro Crítico corrige y enmienda los errores comunes; y la compostura y modestia con que está escrito, pedían de justicia unos contrarios que civilmente modestos esgrimiesen los aceros de la razón, sin el bastardo orin del dicitario, la maledicencia, y la impostura. Este vicio, enemigo no solo de la Religión, sino de la policía y buena crianza, tiene mas lugar en nuestras plumas que en las extranjeras, en cuyos idiomas se leen y admiran ardientes disputas, apologías, y controversias, guardandose reciprocamente el debido decoro à las personas.

Bien notorio es quanto ha padecido este Héroe de la República Literaria quando por inventor, y original de este nuevo medio (que no puede negarsele este titulo) era dignísimo de eternas alabanzas.

Ya descansaba quieto, y al parecer en el puerto, quando una furiosa repentina tormenta le saca del abrigo, y le obliga à ponerse en alta mar, para evitar naufragio. Publicó el R. P. Fr. Francisco Soto y Marne, Cronista General de la Religión Seráfica, dos volumenes en quarto contra varios Discursos del Teatro, con bastantes noticias; pero enorme è infelizmente manchados con tal exceso de palabras, è imposturas, que hicieron de su Apología una corrosiva sátira contra lo justo, y debido: asi lo han sentido los doctos.

A medicar esta llaga es la presente Carta, tan colmada de razones, que persuaden es fabula ridicula quanto del plágio se vocéa, sin ser necesaria otra prueba, que ver, además de la que han hecho los Españoles, la estimacion que hacen de esta Obra los sabios Estrangeros que saben distinguir entre original, y copia.

Quando se habla de los Escritores famosos antiguos, y modernos, se debe por justicia citarlos con la veneracion y respeto que corresponde à sus meritos, y taréas; pero es ilícito, y mas en quèstiones naturales y profanas, disentir de sus dictámenes y opiniones, sin que el contradecirlas sea deslucir ni ofender levemente la alta sabiduría que poseyeron

rón. Asi vemos practicamente en las Universidades disputadas, impugnadas, y defendidas variedad de opiniones en la Física y otras ciencias, sin que sea ofensa minima al Doctor la vehemente instancia del arguyente. De suerte, que aun quando el Teatro (que lo niego) disintiese voluntariamente, y sin fundamento de la opinion de los antiguos, y en materias indiferentes y libres los impugnase, esto solo se atribuiria, en el Tribunal de los doctos, à falta de razón; pero nunca à ofensa del respeto.

Llámase novedad el método del Rmo. Feijóo, y por tanto se quiere que sea ligereza, y falacia. Pero este es un sofisma impropio, y opuesto à la racionalidad; porque si asi en general se concibe esta máxíma como verdadera; ¿en qué clase, y estimacion tendremos à los inventores de las cosas? ¿Será justo que les demos el nombre de novelistas y falaces? Ningun juicioso creo que asentirá à ello; de suerte, que la novedad por sí ni es mala, ni dañosa, antes sí muchas veces utilísima, y conveniente, si el fin, y motivos que la persuaden, no la vician. Hasta ahora los émulos del Teatro no han descubierto algun riesgo, ò peligro religioso, ò politico en su método; con que se dexa persuadir, que es util y digno del mayor aprecio. Ni aun quando lo que enseña el Teatro se quiera notar como novedad, hállo por donde sea reprehensible, pues lo mas notable es tomado de la Física, que se quiere llamar moderna; pero exáminado su origen con verdad, y sin pasion, se halla ser mas antigua que Aristóteles; de suerte, que los modernos han despertado aquellos principios en que los antiguos fundamentaban sus sistemas. Estos los han resucitado, vistiendolos, y adornandolos con las flores de un nuevo método, y enriqueciendolos con los frutos de gran multitud de útiles experimentos, haciendo con la mecanica visibles los teóricos axiomas de su ciencia.

¿Cómo, pues, podrémos escusarnos de tributar al Rmo. Feijóo los mas eminentes debidos elogios por Autor original de este nuevo camino de las ciencias naturales, à lo menos en nuestra España; quando vemos por la experiencia, que

ha sido el que ha enriquecido los mas áridos terrenos de las Naciones estrañas, con opímos frutos, aun en lo civil, y económico de sus taréas?

Acúsesele en buena hora, que à este fin ha compuesto sus Discursos de agenas noticias. Nadie pidió à un Jardine-ro habil que fabricase flores: que cultive sus semillas, las multiplique, hermostee, y forme de ellas vistosos, y agrada-bles ramilletes, es quanto puede pedirse del arte. En esta Obra escogió el Rmo. Feijó del jardín de las ciencias las mas curiosas y apreciadas quëstiones; y con ellas en va-rios ramilletes, y discursos nuevos, ha brindado à los in-genios de su Nacion à imitarle; y siendo dirigida princi-palmente à darlo asi à conocer, y à satisfacer el injusto y temerario cargo del plágio esta Carta, me parece es justo que logre la licencia que solicita.

En ella se verá la estimacion que su Obra ha merecido al Supremo Pastor de la Iglesia, à quien le sobra el sublime lugar que ocupa, para que nuestra veneracion le reconozca por Héroe de las Letras; la que ha debido à nuestro Mo-narca, y al mismo tiempo el aprecio de otras insignes plu-mas, libres de la contemplacion, odio, ò lisonja.

No encuentro cosa que desdiga à la Fe, ni se oponga à las Leyes de estos Reynos. Madrid 3 de Septiembre de 1749.

*D. Francisco Manuel de la Huerta
y Vega.*

PROLOGO.

Lector mio: Si eres uno de los muchos que vieron dos Tomos, que poco ha, con el titulo de *Reflexiones Apo-logéticas* sobre todas mis Obras, salieron de las tinieblas à la luz en la Imprenta de Salamanca, eres tambien uno de los muchos que vieron el mas feo atentado que se cometió en la República literaria desde que hay pluma, tinta, y pa-pel en el mundo. Viste un Escrito donde cada letra es un borron. Viste un Escrito donde la ira, la rabia, el odio vertieron toda su ponzoña. Viste un Escrito de pies à cabeza organizado de rusticidades, ficciones, y quimeras. Viste un Escrito cuyos quatro elementos son la ignorancia, la rudeza, la maledicencia, y el embuste.

Mas siendo tal el escrito, me dirás ¿ à qué proposito me fatigo en impugnarle? ¿ Su propia indignidad no dará à conocer à todos lo que es? ¿ No fuera mejor asentir con un silencio desdeñoso al desprecio que de él hará el público? ¿ No dirán al contrario muchos, que algun valor tiene este Escrito quando yo juzgo conveniente rebatirle? ¿ No dirán mu-chos asimismo, que algo debe de ser en la República Lite-raria el P. Soto Marne quando no tengo por indecoroso salir à medir con él la pluma? ¿ Oh qué poco te haces cargo, Lector mio, de que los mas de los hombres no estiman, ò desestiman las cosas en atención à su valor intrinseco, sino à varias circunstancias muy extrinsecas! Yo te protexto, que si el P. Soto Marne no fuese mas que el P. Soto Marne, con gran serenidad le dexaría llenar el Público de libros sobre lí-bros. Si el P. Soto Marne no fuese mas que el P. Soto Mar-ne, haría yo de él el caso que hice de otros impugnadores mucho menos infelices que él. Pero esè P. Soto Marne sue-na ser Cronista General de la Religion de S. Francisco. Esè P. Soto Marne es miembro de la mas numerosa Familia Re-gular que tiene la Iglesia de Dios. Si aún no me has enten-dido, me explicaré mas. Los mas de los hombres no son

capaces de hacer juicio de un Escrito por lo que él es, sino por unos accidentes inconexos con su legitimo precio, entre los quales tiene el primer lugar lo que suena el caracter del Autor. Advierte, pues, que suena mucho la qualidad de Cronista General de una Religion tan dilatada; y à este gran sonido proporciona el innumerable vulgo el concepto de la Obra.

Aun sin atender à esta qualidad, halla motivo para formar de ella una idea ventajosa, si es verdad lo que se dice, que el P. Cronista escribió por encargo de su Religion, y que esta costó el gasto de la Imprenta. *Si es verdad*, digo condicionalmente, que yo no puedo creerlo. Mas aunque yo no lo crea, ni lo crean los que hacen la reflexion debida, son infinitos los que lo creen. Puesto lo qual, se hace la suposicion inegable, de que à la numerosísima Religion de S. Francisco nunca le faltan algunos sugetos muy habiles. Y de ella resulta, que si el P. Soto Marne entre todos fue elegido para esta empresa, fue considerado por el mas habil de todos, ò à lo menos por uno de los mas habiles. Qualquiera que solo discorra sobre estos principios (y son infinitos los que no pueden discurrir sobre otros), ¿cómo puede menos de contemplar la produccion del P. Cronista como digna del aprecio de todo el mundo?

Es el P. Soto Marne miembro de una Religion numerosísima, y de esta circunstancia resulta ácia el vulgo una ventaja notable al credito de su Obra, porque de aqui le viene tener mas de cincuenta mil Panegyristas de ella dentro del ambito de España; y tales Panegyristas, que son oídos de todo el mundo, porque su propio Instituto les da ocasion para tratar con todo genero de gentes, y les congrega infinito numero de devotos. Con que por todas partes suena una tumultuante gritería, de que la Obra de su Cronista es una cosa grande; siendo, por qualquiera parte que se mire, la mas despreciable que hasta ahora salió de las Imprentas de España. Considera, pues, ¿qué dirán los que gritan esto, si à su vocería no respondiese yo mas que con mi silencio? Levantarían mas el grito, clamando que yo callaba

ba de convencido, porque no tenia qué responder.

No quiero yo decir que esta voz sea general en la Religion Serafica, donde hay tantos hombres doctísimos y discretísimos, y en el mismo grado desapasionados y amantes de la verdad: ¿Mas qué han de hacer estos, sino callar, quando su voz no puede ser oída entre el tropel de la multitud que vocea? Yo sé muy bien que algunos prorruñieron en dolorosos gemidos, y se les llenó de rubor el semblante al mostrarles parte de las infinitas citas falsas de su Cronista. Pero esto es todo lo que pueden hacer, viendo su causa deplorada, y aun esto se ven casi precisados à ocultar de los que constituyen Pueblo en su República.

Ni yo me atrevo, ò puedo culpar à ese mismo Pueblo, el qual procede sin duda con buena fe, por lo menos hasta ahora. Los puntos en que me impugna el P. Cronista, son tan distantes de su conocimiento, como de su estudio. ¿Qué importará que muchos de los que componen ese Pueblo sean buenos Escolásticos, buenos Teólogos Morales, buenos Predicadores, si son estrañas à esas Facultades las materias sobre que rueda la disputa? ¿Si no han visto, ni tienen los libros de donde les habia de venir el desengaño? Por otra parte se les hace increíble (y no lo estraño), que su Cronista hable con tanta arrogancia, y satisfaccion, si no estuviese muy cierto de todo lo que pronuncia. Digo que no lo estraño, porque aun à muchos de los que miran con indiferencia la cuestión, engañó esa afectada jactancia. Y en efecto, ¿quién creyera que à la hinchada pompa de un *parturiunt montes*, no habia de corresponder otra produccion que la de un *ridiculus mus*? ¿Quién creyera que un Religioso, y Religioso de tal caracter, habia de ostentar como verdades evidentes las que para los que manejan los libros conducentes al asunto, son visibles falsedades? Verdaderamente este es un fenómeno muy raro en el Orbe Literario, y que por tan raro nadie debe estrañar que à muchos se hiciese increíble, mucho menos à los que eran interesados en que esas falsedades fuesen verdades evidentes.

Mas sin embargo de haberte expresado las razones que ten-

tengo para rebatir al P. Soto Marne, no pienses que esto sea para mí un empeño muy serio. Entre los motivos que hay para responderle, y los que hay para despreciarle, tomaré un rumbo medio, que es representar al Público el exámen que hice de algunas pocas hojas de su primer Tomo, porque esto es lo que basta para que se haga juicio del todo de la Obra. En esas pocas hojas verá el Público tantas calumnias groseras, tantas imposturas malignas, tantos falsos, y sucios dicterios, que no podrá menos de avergonzarse, por el honor de la Nación Española, de que en España se haya dado à luz pública una Obra de tan vil, y baxa condicion. Juntamente verá el concepto que se debe hacer de quanto haya escrito, ò quanto escriba en adelante el P. Soto Marne.

*Accipe nunc Danaum insidias, & crimine ab uno
Disce omnes.*

Decía el gran Virgilio, quando se disponia à referir los embustes del Griego Sinón. Yo puedo decir mucho mas del P. Soto Marne, que Virgilio del engañador Griego. Y asi apropiaré à mi asunto el pasage, variado de este modo:

*Accipe nunc Soti insidias, & crimine à multo
Disce omnes.*

De muchas imposturas en pocas hojas ¿qué se puede esperar en dos Tomos sino imposturas innumerables? No tengo, Lector mio, mas que decirte por ahora. Y asi VALE.

JUSTA REPULSA
DE INIQUAS ACUSACIONES,
EN CARTA
DEL MAESTRO FEIJOO
A UN AMIGO SUYO.

MUY Señor mio: habiendome V. md. escrito no ha muchos dias, que suponía hubiesen llegado à mi mano los dos Tomos, que con el titulo *Reflexiones apologéticas* dio à luz contra mí el R. P. Mro. Fr. Francisco de Soto y Marne, Cronista de la Religion Serafica, y pedídomme en consecuencia le expresase el dictamen que hacía de dicha Obra, le respondí, que aun no la habia visto, y acaso no la vería: ahora le aviso, que pocos dias ha me vino de Salamanca por el Ordinario de aquella Ciudad à esta, sin Carta alguna, ni otro aviso que el que me dio el mismo Ordinario, de que se la habia entregado el Librero. Y porque ya leí en el primer Tomo lo bastante para hacer concepto del todo de la Obra, se le expondré à V. md. con la sinceridad que me es tan conatural.

Digo, pues, que este es el mas miserable Escrito de quantos hasta ahora parecieron contra mí. Esto por quatro Capítulos: primero por su irrisible estilo: segundo, por su groserísima dicacidad: tercero, por sus contradicciones: quarto, por sus insignes y frecuentes imposturas. ¿Pero es posible, dirá V. md. que Obra compuesta por un Cronista General de la Religion Serafica abunde de tan enormes vicios? Sí señor; es posible, y es existente. Y no me atreviera à afirmarlo con tanta seguridad, si no pudiese probarlo con